

## TE INVITO

Querido, te invito,  
ven a la casa de nuestros deseos  
y cuelga el sombrero en la pared,  
el sombrero con el pequeño agujero de una bala.  
Pues he construido la casa  
completamente según tus órdenes.  
Todo lo que necesitamos está en ella.  
El cielo azul de los pórticos,  
el aire ligero de Madrid,  
sin embargo, sin el viento molesto que  
te desordena los papeles.  
Las habitaciones están pintadas en un verde  
gobelino suave  
de las pendientes de Heidelberg.  
Te doy el puente viejo por cama  
con un colchón de látex encima.  
Huele a glicinas  
de la Via Monte Tarpeo,  
Marco Aurelio vuelve a ser nuestro portero.  
Hacia la tarde dora el sol el Tíber,  
luego nos canta el ruiseñor en el Palatino.  
Más tarde vamos al teatro de salón,  
a la Scala o al Old Vic,  
o vemos al gran Barrault,



aunque ahora no guste en París.  
Tú siempre tienes tiempo,  
y se te ocurre algo, si tienes tiempo.  
(La máquina de escribir copia a solas,  
absolutamente sin ruido, se sobreentiende).  
Y lo que tú escribes,  
se publica en el primer mes  
e inmediatamente se reseña  
y te gusta, y a los demás, y eso con razón,  
pues es trascendental, sencillo y bueno,  
y dicho en el momento justo.  
Y en las calmas te escribes Händel  
nuevos *Concerti Grossi*,  
porque ya conoces los viejos,  
y el fallecido Busch los dirige.  
Entonces comes pato asado  
y ensalada de primavera de Florencia.  
Nunca fregamos. Los platos  
los tiramos por la ventana,  
como en Roma durante la noche de San Silvestre.  
No te preocupes, no le caen  
a nadie sobre la cabeza,  
pues abajo no hay calle.  
Por eso se está allí también tan tranquilo  
y nada estorba tu sueño  
(y por la mañana no te queda nunca  
un pelo blanco en el cepillo).



No obstante, la ópera y el cine,  
con un programa selecto,  
están justamente a la vuelta de la esquina,  
y allí se encuentran también los museos.  
Las culturas antiguas están bien representadas,  
la colección del Extremo Oriente es exquisita,  
y hay cerca un café vienés.  
Allí hojearnos rápidamente los periódicos,  
son, como siempre,  
de un interés indignante,  
sólo todo está mucho más lejos.  
Leemos con horror, cabeceando,  
cómo caen las golondrinas del cielo  
después de las explosiones atómicas  
sobre otra tierra.  
Luego regresamos a casa, y tú duermes la siesta,  
y para mí hay junto a la terraza un árbol  
con el indispensable dibujo verdiazul.  
Trabajamos mucho,  
y nos reímos más aún,  
y tenemos huéspedes encantadores  
—¿quién no vendría gustoso a la casa?—,  
a ellos les lees en todos los idiomas,  
con preferencia, en alemán,  
lo escrito.  
Luego vamos juntos a casa de Martha Graham  
o al ballet negro de Puerto Príncipe



o damos un corto paseo a la luz de la luna  
por el Patio de los Leones de la Alhambra.  
El cartero, mi corazón, viene puntualmente  
para el desayuno,  
justamente después del saludo azulblanco  
de las pequeñas gaviotas sobre el mar,  
y trae cartas de amor de tu editor  
y ofertas de empleo que tú no necesitas.  
Puesto que tienes lo que deseas  
y haces lo que te gusta.  
Y te enfureces sólo muy raras veces  
para que yo retenga qué bien lo haces,  
y eres mucho más paciente que de costumbre.

Querido, coge el sombrero de la pared,  
el sombrero con el pequeño agujero de una bala,  
y vete a una inmobiliaria, te lo ruego,  
y mira  
lo que nos pueden ofrecer.  
Si no, soy capaz de arrojarme por la ventana  
de esta casa que no existe.

Y la ventana, créeme, es alta.